

Klaus Meyer-Minnemann  
(Hamburg)

LA ESCENIFICACION DEL PAISAJE EN  
LAS «SILVAS AMERICANAS» DE ANDRES BELLO

Bajo el nombre de «Silvas americanas» existen en la historiografía de la literatura hispanoamericana dos poemas extensos de Andrés Bello, cuya interrelación es oportuno aclarar antes de examinar la escenificación del paisaje (re-)presentado en ellos. La primera «Silva», que lleva por título *Alocución a la Poesía*, se publica en dos partes en 1823 en los dos únicos tomos de la efímera revista *Biblioteca Americana* que Bello, junto con Juan García del Río, edita en Londres. La segunda, titulada *La agricultura de la Zona Tórrida*, figura impresa en el primer tomo de *El Repertorio Americano* que Bello, de nuevo en colaboración con García del Río, se ilusiona en publicar «con mejores auspicios que la difunta *Biblioteca*»<sup>1</sup> entre 1826 y 1827, otra vez en la capital inglesa.<sup>2</sup>

El título completo de la primera «Silva» reza: «Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia (Fragmentos de un poema inédito, titulado «América»).»<sup>3</sup> La segunda «Silva» se publica bajo la denominación genérica de «Silvas americanas» como *Silva I. – La agricultura de la Zona Tórrida*. En una nota al pie de página Bello explica con respecto a las «Silvas americanas»:

A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título «América». El autor pensó refundirlas todas en un solo poema; convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones i adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos.<sup>4</sup>

---

1 Así Bello en una carta a José Agustín de Loynaz Hernández, véase *El Repertorio Americano* (1973: I, VII).

2 Acerca de las dos revistas de Bello publicadas en Londres informan Guillermo Guitarte (1965-1966) así como Grases (1995 y 1998).

3 Véase Andrés Bello (1981a: 43). El texto de la *Alocución a la Poesía* y *La agricultura de la Zona Tórrida* se cita en adelante según la edición *Obras completas de Andrés Bello*, t. 1: *Poesías*, Caracas: Fundación La Casa de Bello, con indicación de los números de verso correspondientes.

4 *El Repertorio Americano* I (1826), p. 7.

En su larga introducción a la edición de los *Borradores de poesía de Bello*, que después de una ardua labor de desciframiento finalmente se publicaron en 1962 en el marco de las *Obras completas de Bello*, editadas por la Casa de Bello en Caracas, el Padre Pedro P. Barnola, S. J., examina las dos adscripciones diferentes de las «Silvas» hechas por Bello, señalando una evidente contradicción.

Mientras que en 1823 los versos de la *Alocución a la Poesía* pretenden ser fragmentos de un poema inédito, titulado «América», es decir, parte de una obra más extensa aún inconclusa, *La agricultura de la Zona Tórrida* pasa a ser una silva independiente que el autor, junto con otras silvas, a las cuales ahora pertenecen también «los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana», pensó refundir «en un solo poema», antes de convencerse de la imposibilidad de la empresa. Es sabido que este «solo poema», que no es otro que aquel poema largo titulado «América» anunciado en 1823, nunca se concretó.

En efecto, como lo subraya el Padre Barnola, los versos de la *Alocución a la Poesía* no pueden ser a la vez «fragmentos de un poema inédito, titulado «América»», y pertenecer a unas «silvas» que el autor se propuso refundir «en un solo poema», y que después, convencido de la imposibilidad de su realización, proyecta publicar «bajo su forma primitiva». Según la nota de 1826 en *El Repertorio Americano*, la *Alocución a la Poesía*, aunque publicada con anterioridad, no figura como la primera de las «Silvas americanas» puesto que esta adscripción la reciben los versos de *La agricultura de la Zona Tórrida*. Pero tampoco conserva la calidad de «fragmentos de un poema inédito, titulado «América»». ¿Hay que entender, entonces, que la *Alocución* pasa a ser la segunda de las «Silvas americanas»? Bello no aclara este interrogante como tampoco sucederá otra «Silva» a la *Silva I. – La agricultura de la Zona Tórrida*.

El Padre Barnola propone resolver el problema con la hipótesis de una elaboración de las «Silvas americanas» en tres fases. Primero, Bello, en su exilio londinense, habría compuesto «varias silvas y fragmentos de silvas, mayormente del género descriptivo». Estas silvas ya eran de tema americano. Después Bello habría intentado «refundir dichas silvas en un poema que se titularía «América»». En el conjunto de este intento publicaría «varios fragmentos ya refundidos, bajo el título de *Alocución a la Poesía*». Finalmente, Bello, desechada la idea del poema grande, habría restaurado «las silvas y sus diversos fragmentos a la vida propia y de parcial unidad

que tuvieron al principio».<sup>5</sup> Sería así como la *Alocución a la Poesía* se convierte en una de las «Silvas americanas», de hecho, como se puede añadir, en su segunda, aunque cronológica y temáticamente sea la primera.

La hipótesis del Padre Barnola a pesar de la crítica de Rodríguez Monegal (1963-1964) y Araya (1982) no deja de ser sugestiva, aunque especula innecesariamente acerca de una restitución poco probable de las silvas de Bello y sus diversos fragmentos a una forma primitiva. Cussen (1992), quien ha examinado las marcas de fábrica del papel utilizado por Bello para los manuscritos de las «Silvas americanas» y sus borradores, ha podido establecer que la *Alocución a la Poesía* se compuso entre 1821 y 1823, año en que fue publicada en la *Biblioteca Americana*<sup>6</sup>, mientras que la versión impresa de *La agricultura de la Zona Tórrida*, que salió en el primer tomo de *El Repertorio Americano* de octubre de 1826, no es anterior al año de su publicación.<sup>7</sup> Entre los borradores de poesía de Bello se encuentra un largo fragmento que según Cussen atestigua el proyecto del autor de fundir ambos poemas en uno solo.<sup>8</sup> Cussen<sup>9</sup> conjetura que este fragmento también data de 1826 ya que las marcas de papel de los manuscritos son de 1824/1825. Los primeros versos de lo que será *La agricultura de la Zona Tórrida*, sin embargo, remontan a 1811<sup>10</sup>, mientras que las huellas más antiguas de la *Alocución a la Poesía* datan, según los cálculos de Cussen<sup>11</sup>, de 1815.<sup>12</sup>

Atando cabos se puede concluir que, desde los primeros años de su estancia en Londres, Bello abrigaba la idea de un poema extenso que llevaría el nombre de «América».<sup>13</sup> Cuando se concretó la idea de la *Biblioteca Americana*, compuso, con variantes que quedaron entre los borradores, la *Alocución a la Poesía*. A todas luces pensaba poder integrarla en lo que iba a ser el poema titulado «América», concebido en aquel momento, a más tardar, como poema fundacional de las nuevas naciones americanas. Cuando en 1826 se convenció de que su confección resultaría imposible, redactó

---

5 Pedro P. Barnola (1981: XXI).

6 Antonio Cussen (1992: 98).

7 Antonio Cussen (1992: 117).

8 Se trata de los versos 719-1305, véase Andrés Bello (1981c). De aquí en adelante los borradores se citan según esta edición con indicación de los números de verso correspondientes.

9 Antonio Cussen (1992: 192, n. 8).

10 Antonio Cussen (1992: 42).

11 Antonio Cussen (1992: 180-181).

12 Andrés Bello (1981c: vv. 1306-1312).

13 Guillermo Araya (1982: 60ss.).

*La agricultura de la Zona Tórrida* en base a los versos que desde 1811 venía escribiendo. El hecho de que la historiografía de la literatura hispanoamericana haya agrupado los dos poemas extensos de Bello bajo la denominación común de «Silvas americanas» está autorizado por la adscripción genérica que los poemas reciben en *El Repertorio Americano*.

Lo que demuestra el estudio atento de los borradores de poesía del poeta caraqueño es que éste pulía sus versos con un esmero extraordinario sin que se pueda notar un retorno a formas primitivas en el único caso donde hubiese sido posible, o sea, en *La agricultura de la Zona Tórrida*. Es así como leemos al principio de *La agricultura de la Zona Tórrida* los conocidos versos:

¡Salve, fecunda zona,  
que al sol enamorado circunscribes  
el vago curso, y cuanto ser se anima  
en cada vario clima,  
acariciada de su luz, concibes!  
Tú tejes al verano su guirnalda  
de granadas espigas; tú la uva  
das a la hirviente cuba;  
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,  
a tus florestas bellas  
falta matiz alguno; y bebe en ellas  
aromas mil el viento;  
y greyes van sin cuento  
paciendo tu verdura, desde el llano  
que tiene por lindero el horizonte,  
hasta el erguido monte,  
de inaccesible nieve siempre cano.  
(*La agricultura*, vv. 1-17)

A estos versos sigue la enumeración de las plantas de cultivo típicas del trópico americano como la caña, el cacao, el añil, la agave, el tabaco, el café, la palma, el ananás, la yuca, la patata, el algodón, la parcha, el maíz. Esta enumeración culmina en la evocación del banano – nótese no del «plátano», palabra de origen etimológico griego, usual en España frente al origen afro-americano de «banano» y de uso difundido en largas partes de América.<sup>14</sup>

---

14 En los poemas publicados y sus borradores, Bello usa diecisiete veces el vocablo «banano» frente a tres veces el uso de «plátano», véase Guillermo Araya (1982: 92).

En la redacción desechada de estos versos que dan inicio a *La agricultura de la Zona Tórrida*, leemos:

¡Salve, Colombia, cual de libres almas,  
de ricos frutos generosa madre!  
¡Salve, zona fecunda,  
que en dote recibiste cuanta copia  
de cada suelo y cada clima es propia!  
Tú las alegres uvas das a Baco;  
tú a Ceres rubicunda  
sus dorados manojos;  
ni de purpúreos frutos, gualdos, rojos  
falta matiz alguno a la corona  
que a tu testada sien ciñó Pomona.  
(*Borradores*, «Las Silvas Americanas», vv. 1181-1191)

En esta versión del borrador, el elogio de la «Zona Tórrida» se convierte en el elogio de Colombia, esto es, de la Gran Colombia, formada por el virreinato de Nueva Granada propiamente dicho, la Capitanía General de Venezuela y la Audiencia de Quito, y proclamada república independiente en 1819 por el Congreso de Angostura. Es así como la «fecunda zona» de la versión definitiva se limita aquí a una entidad política particular, excluyendo a las demás regiones del trópico americano.<sup>15</sup> Falta la caracterización de la «fecunda zona» como la que circunscribe «al sol enamorado [...] / el vago curso», y concibe «cuanto ser se anima / en cada vario clima, / acariaciada de su luz», es decir, falta la identificación explícita de la «fecunda zona» con los trópicos o, en palabras de Bello, la «Zona Tórrida».<sup>16</sup> Además, la versión del borrador vincula las plantas cultivables de origen europeo –

---

15 Sin embargo, no se puede excluir la posibilidad de que Bello en esta versión con el nombre de «Colombia» se refiriese a todo el continente americano, continuando un uso de denominación para Hispanoamérica bastante difundido en los albores de la Independencia, véase Arturo Ardao (1978). En este caso se corroboraría la hipótesis de Antonio Cussen (1992) de que los versos 719-1305 de los *Borradores de poesía* representen directamente el proyecto abandonado del poema extenso titulado «América».

16 Antonio Cussen (1992: 42) encuentra el primer uso de la expresión «la Zona Tórrida» por Bello en unos versos que probablemente son de 1811 y que no figuran en la edición de los *Borradores de poesía*. La expresión se refiere a la división tradicional de las latitudes terrestres en cinco zonas, entre las que una, los trópicos, se extiende desde el grado 23°27' de latitud al norte del ecuador (trópico de Cáncer) hasta el grado 23°27' al sur (trópico de Capricornio). La expresión «la Zona Tórrida» para designar las regiones tropicales era habitual al principio del siglo XIX. Humboldt, en la *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent* (1814-1825) la usa en su forma francesa de «zone torride» indistintamente junto a expresiones como «des régions équinoxiales» o «des Tropiques».

la uva, el trigo, la fruta – con sus dioses tutelares Baco, Ceres y Pomona, de la cual dijo Ovidio en *Las Metamorfosis*:

[...]  
rege sub hoc Pomona fuit, qua nulla Latinas  
inter hamadryadas coluit sollertius hortos,  
nec fuit arborei studiosior altera fetus; [...]  
(Ovidio, *Metamorfosis*, XIV, 623-625)<sup>17</sup>

[Bajo este rey vivía Pomona quien como nadie  
entre las hamadriadas latinas cultivaba la huerta  
y se ocupaba de los árboles frutales.]

¡Nada de eso en la versión publicada de los versos iniciales de *La agricultura de la Zona Tórrida*! Ha desaparecido el vínculo entre la uva, el trigo y la fruta y los dioses de la mitología greco-latina. El cultivo de los tres frutos que en la tradición de la literatura y cultura europeas eran encarnaciones de la agricultura de la «Zona Templada» pasa con toda naturalidad a formar parte de la agricultura de los trópicos, a la cual, luego, se asocian los productos tropicales típicamente americanos. Sólo más adelante Bello va a recordar el origen europeo de la manzana y la pera (*La agricultura*, vv. 215-217).

¿Qué, por tanto, se puede deducir de las «Silvas americanas» y sus borradores acerca del proyecto de Bello de escribir un poema extenso titulado «América»? Si es dable considerar la *Alocución a la Poesía* una especie de testimonio fragmentario y un tanto desviado del poema «América» por su temática *ad hoc*, éste, entonces, habría tratado como objetos de su tema, en la línea virgiliana de *Las Églogas*, *Las Geórgicas* y *La Eneida*, matizada, empero, por la tradición del poema filosófico-descriptivo dieciochesco de los Thomson, Haller, Saint-Lambert y Delille, primero la naturaleza de América, esto es, su geografía, su flora y fauna, el campo con sus diferentes cultivos y, luego, los hechos heroicos fundacionales de las repúblicas americanas, es decir, la gesta de la Independencia.<sup>18</sup> La mirada que Bello, autor del poema «América», pensaba echar sobre su continente nativo (y que, en

---

17 Los versos de *Las Metamorfosis* se citan según la edición de Ovidio (1991). Aquí y en lo sucesivo la traducción española es mía.

18 Es lo que confirma un testimonio de Amunátegui, comentado por Araya (1982), quien, sin embargo, no toma en cuenta la tradición del poema filosófico-descriptivo dieciochesco ya mencionada por Miguel Antonio Caro en 1882, véase Miguel Antonio Caro (1981: 67ss.), y, aunque menos favorablemente, por Marcelino Menéndez y Pelayo (1893: CXLIV).

efecto, echa sobre él en las «Silvas americanas» y sus borradores) hubiera sido una mirada orgullosa sobre lo autóctono, inspirada, sin embargo, en una actitud de apropiación y distanciamiento, en las visiones de lo propio y lo ajeno propuestas por la cultura europea de su tiempo. Concibiéndose como receptora de la realidad extraliteraria fáctica para la constitución de la verdad de su objeto en la mejor tradición de la *imitatio naturae*, la mirada de Bello iba escenificando en un plan de (re-)presentación poética lo que, según ella, era la esencia más íntima de aquella, es decir la realidad americana, especialmente con respecto al paisaje, objeto predilecto de la poesía descriptiva dieciochesca.<sup>19</sup> Es así como en la *Alocución a la Poesía* el hablante invita a la Musa, inspiradora suprema del decir poético en la tradición de la Antigüedad greco-latina, a pasarse a la «grande escena» del «mundo de Colón»:

También propicio allí respeta el cielo  
la siempre verde rama  
con que al valor coronas;  
también allí la florecida vega,  
el bosque enmarañado, el sesgo río,  
colores mil a tus pinceles brindan;  
y Céfito revuela entre las rosas;  
y fúlgidas estrellas  
tachonan la carroza de la noche;  
y el rey del cielo entre cortinas bellas  
de nacaradas nubes se levanta;  
y la avecilla en no aprendidos tonos  
con dulce pico endechas de amor canta.  
(*Alocución*, vv. 11-23)

Como se ve, esta escena, al principio, sólo plantea con respecto al paisaje del Mundo Viejo la igualdad del mundo americano como objeto digno de los esfuerzos de la imitación poética. ¿Sería entonces que no hay nada en particular que distinga al «mundo de Colón»? Ya el abate Delille en su poema extenso *L'Homme des Champs, ou les Géorgiques françoises*, publicado en 1800, el que gozaba de una considerable popularidad en su tiempo, había hecho exclamar a su hablante lírico ante las maravillas de una naturaleza sublime:

---

19 Se enfoca, entonces, aquí la mirada de Bello sobre América desde una perspectiva que se puede calificar de intertextual frente a la perspectiva de (re-)construcción cultural ofrecida por Graciela Montaldo (1994) aunque puede ser que ambas interfieran entre sí.

Oh! qui pourra saisir dans leur variété  
De tes riches aspects la changeante beauté?  
Qui peindra d'un ton vrai tes ouvrages sublimes,  
Depuis les monts altiers jusqu'aux profonds abymes;  
Depuis ces bois pompeux dans les airs égarés,  
Jusqu'à la violette, humble amante des prés?

Quelquefois, oubliant nos simples paysages,  
Cherchez sous d'autres cieus de plus grandes images:  
Passez les mers; volez aux lieux où le soleil  
Donne aux quatre saisons un plus riche appareil.  
Sous le Ciel éclatant de cette ardente zone  
Montrez-nous l'Orénoque et l'immense Amazone,  
Qui, fiers enfans des monts, nobles rivaux des mers,  
Et baignant la moitié de ce vaste univers,  
Épuisent, pour former les trésors de leur onde,  
Les plus vastes sommets qui dominent le monde;  
Baignent d'oiseaux brillans un innombrable essaim;  
De masses de verdure enrichissent leur sein:  
Tantôt, se deployant avec magnificence,  
Voyagent lentement, et marchent en silence;  
Tantôt avec fracas précipitent leurs flots,  
De leurs mugissemens fatiguent les échos,  
Et semblent, à leur poids, à leur bruyant tonnerre,  
Plutôt tomber des cieus que rouler sur la terre.  
Peignez de ces beaux lieux les oiseaux et les fleurs,  
Où le ciel prodigua le luxe des couleurs;  
De ces vastes forêts l'immensité profonde,  
Noires comme la nuit, vieilles comme le monde;  
Ces bois indépendans, ces champs abandonnés;  
Ces vergers, du hasard enfans désordonnés;  
Ces troupeaux sans pasteurs, ces moissons sans culture;  
Enfin cette imposante et sublime nature,  
Près de qui l'Apennin n'est qu'un humble coteau,  
Nos forêts des buissons, le Danube un ruisseau.  
(Delille, *L'Homme des Champs*, pp. 119-120)<sup>20</sup>

---

20 Véase la edición *L'Homme des Champs, ou les Géorgiques françaises*, par Jacques Delille, Basilea: Jacques Decker, 1800. La cita procede del «Quatrième Chant», el último del poema, el cual, en su totalidad, está dedicado a cuatro temas diferentes: 1º la vida del sabio en el campo («Premier Chant»), 2º las conquistas de la agricultura («Second Chant»), 3º la historia natural del campo («Troisième Chant»), 4º el arte de pintar en versos las bellezas campestres («Quatrième Chant»); cf. «Préface», pp. XXIss., así como el «Préface» de Delille a la edición de *Les Jardins, ou l'Art d'embellir les Paysages*, nouvelle édition, revue, corrigée et augmentée, Brunswick 1801, pp. XVIII. Una segunda edición revisada de *L'Homme des Champs, ou les Géorgiques françaises* que, en particular, contiene los versos de Delille sobre los desastres de la Revolución, versos suprimidos en la primera por orden de la censura del Directorio, sale en 1805. Sobre la vida, la obra y las orientaciones poéticas de Delille informa detalladamente Édouard Guitton (1976). Bello traducirá un fragmento de «Los Jardines» de Delille que, en parte, publicará en *El Repertorio Americano*, véase

Este pasaje parece ser sorprendente en el poeta del campo europeo (especialmente francés), quien antes había cantado la belleza de *Les Jardins* (1782), porque invita a los poetas a tomar el trópico americano, cuya grandiosidad y riqueza exalta con una admiración sincera por lo sublime de la naturaleza, como objeto idóneo de su canto. Como más tarde Bello, Delille, aunque en un plan diferente, (re-)presenta el paisaje tropical americano en su carácter de tierra primordial. Casi huelga decir que el francés nunca vio personalmente «cette ardente zône» que recomienda cantar, y que tampoco, a diferencia de Bello, pudo leer las relaciones de viaje que Alejandro de Humboldt empezó a publicar a partir de 1814, para inspirarse en ellas porque murió en 1813.<sup>21</sup> Pero la idea de la primordialidad y juventud del continente americano, avivada por las polémicas en torno a las reflexiones denigrantes de las *Recherches philosophiques sur les Américains* de De Pauw, se había vuelto un tópico en el pensamiento de la época, del cual, como se sabe, también se va a servir Hegel.<sup>22</sup>

La invitación a la descripción de los paisajes «exóticos» de la «Zona Tórrida» en *L'Homme des Champs, ou les Géorgiques françoises* encerraba una remisión intertextual al famoso poema *The Seasons* (1746, última edición revisada por el autor) de James Thomson. Esta obra, que conviene mencionar brevemente, tuvo un éxito inmenso en su época y se tradujo pronto al francés y al alemán. Significó el ascenso definitivo de la poesía filosófico-descriptiva en las letras del siglo XVIII.<sup>23</sup> Bello, seguramente, la conocía puesto que se leía hasta muy entrado el siglo XIX.<sup>24</sup>

---

*Obras Completas*, t. 1: *Poesías*, pp. 103-126. También de Bello es un fragmento traducido al castellano del poema más ambicioso de Delille *Les Trois Règnes de la Nature*, París 1808. Se trata de la primera mitad del «Chant Premier» titulado «La Lumière et le Feu», a la cual Bello puso como título «La Luz», véase *Obras Completas*, t. 1: *Poesías*, pp. 79-92. Sobre las traducciones de Delille hechas por Bello sigue siendo informativo el trabajo de René L. F. Durand (1955).

- 21 Fragmentos de los capítulos 22, 23 y 24 así como 20, 21 y, otra vez, 24 de la *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*, traducidos por Bello, se publican en *El Repertorio Americano* I (1826), pp. 74-98, y IV (1827), pp. 144-160. Ofrecen, precisamente, una «Descripción del Orinoco», a la cual habían invitado los versos de Delille. Bello fue un lector asiduo de Humboldt, a quien había conocido personalmente cuando éste estuvo con Bonpland en Caracas entre noviembre de 1799 y enero de 1800; cf. Antonio Cussen (1992: 5). En la *Alocución a la Poesía* remite para el pasaje sobre el mito de «Huitaca bella, de las aguas diosa» a la obra *Vues des Cordillères, et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, que Humboldt había publicado en dos tomos en París, en 1810, y nuevamente en 1816, véase la *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, edición facsimilar, Caracas 1972, p. 7.
- 22 Véase el trabajo ya clásico de Antonello Gerbi (1993<sup>2</sup>) y el artículo de Karlheinz Barck (1992).
- 23 Margaret M. Cameron (1927).
- 24 Que yo sepa sólo Donald F. Fogelquist (1974) ha examinado la presencia de Thomson en Andrés Bello. Encontró además de las huellas indirectas de la lectura de Thomson en la poesía del caraqueño una mención explícita del autor inglés en una reseña sobre las obras poéticas de Álvarez de Cien-

El poema de Thomson consta de cuatro cantos. El segundo, titulado *Summer*, es, en esencia, la descripción de un día de verano, en cuyo transcurso el hablante lírico pide a la imaginación: «Now come, bold *Fancy*, spread a daring Flight, / And view the Wonders of the *torrid Zone*» (vv. 631-632).<sup>25</sup> Entre las maravillas (y horrores) de la «Zona Tórrida» que el hablante lírico evoca, figura también el Mundo de Colón («Thy World, COLUMBUS» [v. 832]) con la mención específica del Orinoco y el Orellana (=Amazonas):

Wide o'er his Isles, the branching *Oronoque*  
Rolls a brown Deluge; and the Native drives  
To dwell aloft on Life-sufficing Trees,  
At once his Dome, his Robe, his Food, and Arms.  
Swell'd by a thousand Streams, impetuous hurl'd  
From all the roaring *Andes*, huge descends  
The mighty *Orellana*. [...]  
(Thomson, *Summer*, vv. 834-840)

Spiecker<sup>26</sup> ha podido demostrar que la evocación de la «Zona Tórrida» en *The Seasons* funciona como antítesis del elogio de la Gran Bretaña, el cual empieza a pronunciarse a partir de los vv. 1438ss. de *Summer*, culminando en los vv. 1595-1601. Con el elogio y su contrapartida, las maravillas (y horrores) de la «Zona Tórrida», Thomson, en un plan de sobrepujamiento, remitía a las «Laudes Italiae» del Canto II, 136-176, de las *Geórgicas* de Virgilio. En Thomson estas maravillas (y horrores) pretenden tipificar los trópicos en su totalidad, mientras que en Delille ya se nota una intencionalidad de diferenciar entre lo sublime tropical de las tierras primordiales americanas y «les champs sans verdure, sans ondes, / D'où s'exile la vie et la fécondité» del desierto africano (*L'Homme des Champs, ou les Géorgiques françaises* [p. 121]).<sup>27</sup>

Veamos ahora cómo Bello escenifica el paisaje de la tierra primordial de América. Exhortando a la Musa, invitada a pasarse al Mundo Nuevo, hace decir al hablante lírico:

---

fuegos que Bello publicó en 1823 en la *Biblioteca Americana*, pp. 35-50 (la mención de Thomson figura p. 43).

25 La cita procede de la edición crítica de *The Seasons* por James Sambrook, Oxford 1989.

26 Burkhard Spiecker (1975: 45-59).

27 La imagen idealizada de las regiones «exóticas» existía *in nuce* ya en la Antigüedad, aunque éstas, claro está, no se situaban en el «mundo de Colón», véase Bodo Gatz (1967: 174ss.).

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas  
del ecuador: canta el vistoso cielo  
que de los astros todos los hermosos  
coros alegran; donde a un tiempo el vasto  
Dragón del norte su dorada espira  
desvuelve en torno al luminar inmóvil  
que el rumbo al marinero audaz señala,  
y la paloma cándida de Arauco  
en las australes ondas moja el ala.  
Si tus colores los más ricos muelles  
y tomas el mejor de tus pinceles,  
podrás los climas retratar, que entero  
el vigor guardan genital primero  
con que la voz omnipotente, oída  
del hondo caos, hinchió la tierra, apenas  
sobre su informe faz aparecida,  
y de verdura la cubrió y de vida.  
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
que vuestros verdes laberintos puebla,  
y en varias formas y estatura y galas  
hacer parece alarde de sí mismo,  
poner presumirá nombre o guarismo?  
En densa muchedumbre  
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
bejucos, vides, gramas;  
las ramas a las ramas,  
pugnando por gozar de las felices  
auras y de la luz, perpetua guerra  
hacen, y a las raíces  
angosto viene el seno de la tierra.  
(*Alocución*, vv. 139-168)

En comparación con Delille, quien elogia la grandiosidad del paisaje formado por el Orinoco y el Amazonas antes de pasar a la primordialidad del mundo americano con sus bosques sin límites, sus campos vírgenes, sus greyes sin pastores, sus mieses sin cultivo; Bello, en una visión conjunta del mito de la creación referido por las *Metamorfosis* ovidianas y el mito bíblico, antepone el «vigor [...] genital primero» del continente a sus descripciones. En vez de los ríos, realza las selvas, donde «en densa muchedumbre / ceibas, acacias, mirtos se entretejen, / bejucos, vides, gramas».<sup>28</sup>

---

28 El pasaje de la *Alocución* es revelador porque demuestra, evocando tanto al «vasto Dragón del norte» como a «la paloma cándida de Arauco», que Bello en el momento de su redacción pensaba re-

Acto seguido, sin embargo, Bello pasa a la evocación de otro paisaje que forma un contraste manifiesto con el anterior. Es a este paisaje, al cual, en un arrebato sentimental, el hablante lírico de la *Alocución a la Poesía* desea ser llevado:

¡Oh quién contigo, amable Poesía,  
del Cauca a las orillas me llevara,  
y el blando aliento respirar me diera  
de la siempre lozana primavera  
que allí su reino estableció y su corte!  
¡Oh sí ya de cuidados enojosos  
exento, por las márgenes amenas  
del Aragua moviese  
el tardo incierto paso;  
o reclinado acaso  
bajo una fresca palma en la llanura,  
viese arder en la bóveda azulada  
tus cuatro lumbres bellas,  
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas  
mides al caminante  
por la espaciosa soledad errante;  
o del cucuy las luminosas huellas  
viese cortar el aire tenebroso,  
y del lejano tambo a mis oídos  
viniera el son del yaraví amoroso!  
(*Alocución*, vv. 169-188)

Este paisaje, adscrito a los ríos Cauca y Aragua, este último en tierras venezolanas, lleva marcas de amenidad bien distintas de la grandiosidad sublime de la naturaleza evocada en los versos anteriores. Prepara la escenificación del paisaje con la flora y fauna americanas como reflejo (tal vez por su supuesta primordialidad) de la Edad de Oro. Allí reina «la siempre lozana primavera» con su «blando aliento», donde, ya libre de «cuidados enojosos», es posible mover el paso o reclinarse «bajo una fresca palma» en el atardecer para observar «en la bóveda azulada» las «cuatro lumbres bellas» de la «Cruz del Sur», constelación emblemática del hemisferio austral.<sup>29</sup>

---

presentar un continente, cuyas regiones sobrepasaban «las maravillas del ecuador» propiamente dichas; véanse también los vv. 936-966 de los *Borradores de poesía*.

29 Recuérdense las bellas páginas que Humboldt dedica a la Cruz del Sur en el cap. III de la *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*, pp. 208-209, donde la evoca con reminiscencias de la *Divina Commedia* y de *Paul et Virginie*. La escenificación del paisaje en Humboldt merecería un estudio aparte antes de un posible intento de compararla con la escenificación del paisaje en las «Silvas americanas».

El adverbio «allí» marca la distancia de la situación de enunciación del hablante lírico con respecto al paisaje evocado.<sup>30</sup> No hay que olvidar que éste invita a la Musa a pasarse a América porque en Europa, en vez de la Poesía, domina el culto de la Filosofía y faltan libertad, fe, grandeza y cultura:

No te detenga, oh diosa,  
esta región de luz y de miseria,  
en donde tu ambiciosa  
rival Filosofía,  
que la virtud a cálculo somete,  
de los mortales te ha usurpado el culto;  
donde la coronada hidra amenaza  
traer de nuevo al pensamiento esclavo  
la antigua noche de barbarie y crimen;  
donde la libertad vano delirio,  
fe la servilidad, grandeza el fasto,  
la corrupción cultura se apellida.  
(*Alocución*, vv. 33-44)

La mención de «la coronada hidra» en estos versos, la cual «amenaza / traer de nuevo al pensamiento esclavo / la antigua noche de barbarie y crimen», es una clara alusión a la «Santa Alianza»<sup>31</sup> que en su congreso de Verona en 1822 decidió combatir el régimen liberal de España que se había establecido en 1820 tras el pronunciamiento del coronel Rafael del Riego en Cádiz. Es así como el tópico de la primordialidad y juventud de América se funde en la *Alocución a la Poesía* con el tema de la libertad del nuevo continente:

[...]  
do viste aún su primitivo traje  
la tierra, al hombre sometida apenas;  
y las riquezas de los climas todos  
América, del Sol joven esposa,  
del antiguo Oceano hija postrera,  
en su seno feraz cría y esmera.  
(*Alocución*, vv. 56-61)

---

30 En los fragmentos de las «Silvas americanas», *Borradores de poesía*, vv. 990ss., la distancia de la situación de enunciación del hablante lírico con respecto al paisaje evocado desemboca en el tema del *poeta exul*.

31 Emir Rodríguez Monegal (1969: 70-71).

Es significativo que Bello llame «del Sol joven esposa» a América. Para sus fines de crear un poema fundacional de las nuevas naciones de «la América antes española»<sup>32</sup>, el «mundo de Colón», recomendado a la Poesía como morada más idónea para su «rustiquez nativa» (v. 8), sólo podía ser un mundo favorecido por el Sol, ya que, no obstante su gran extensión del norte al sur, marcada respectivamente por las constelaciones del Dragón y de la Paloma (vv. 142-147), caía con sus naciones liberadas del yugo español, o por liberarse, mayormente dentro de los trópicos.<sup>33</sup>

Esta zona, la «torrid Zone» de Thomson o la «ardente zône» de Delille que remitía a *Las Geórgicas* de Virgilio («quinque tenent caelum zonae: quarum una corusco / semper sole rubens et torrida semper ab igni» [I, vv. 234-235]) se consideraba aún alrededor de 1800 una zona menos propicia para la vida humana que las llamadas «Zonas Templadas». Existía el viejo tópico de la inhabilitabilidad de la «Zona Tórrida» que remontaba, por lo menos, a las *Meteorológicas* de Aristóteles. Ovidio, en las *Metamorfosis*, habla de las cinco zonas (en lat. *plagae*) que ciñen la tierra «quarum quae media est, non est habitabilis aestu» (de las cuales la que está en medio, no es habitable por el calor). Aún Delille, quien, como hemos visto, canta la naturaleza primordial de la América tropical, había respetado este tópico, cuando recomendaba en su *L'Homme des Champs, ou les Géorgiques françaises* también el paisaje del desierto africano a la atención del poeta paisajista.<sup>34</sup>

Puesto que Bello se atiene a la tradición virgiliana de *Las Bucólicas*, *Las Geórgicas* y *La Eneida* para el proyecto de su poema sobre América, leemos en la *Alocución a la Poesía*:

32 La expresión «la América antes española» era corriente en la época de la Independencia. García del Río la usa en su artículo «Revista del estado anterior i actual de la instrucción pública en la América antes española», *El Repertorio Americano* I (1826), pp. 231-253.

33 En la idea del Continente americano como «del Sol joven esposa» confluyen probablemente además mitologemas de la Antigüedad greco-romana – al dios Sol se le atribuía como esposa, entre otras, a la ninfa Rhode de la isla de Rodas, sede del dios Sol, una isla que según el mito sólo tardíamente (igual que América, «del antiguo Oceano hija postrera») había emergido del mar – como también tradiciones americanas autóctonas, transmitidas por Humboldt en sus *Vues des Cordillères*.

34 La *Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, Neufchastel 1765, informa s. v. TORRIDE: «Les anciens croyoient que la Zone torride etoit inhabitable, mais nous apprenons des voyageurs, que la chaleur excessive du jour y est tempérée par la fraîcheur de la nuit. [...]» Además, se indica que según el testimonio de los M. M. Bouquet et de la Condamine existían «au Pérou sous le milieu de la ligne des endroits qui jouissent d'un printemps perpétuel, & d'une chaleur très modérée». Aquí no se está lejos de la mirada que sobre los trópicos americanos echará Bello. En los *Borradores de poesia*, vv. 367ss., se expresa repetidas veces la idea de la templanza del clima en las regiones montañosas del trópico: «Mas cuanto erige la ancha frente al cielo / un monte ecuatorial, tanto mitiga / su ardor genial [...]»

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
algún Marón americano, ¡o diosa!  
también las mieses, los rebaños cante,  
el rico suelo al hombre avasallado,  
y las dádivas mil con que la zona  
de Febo amada al labrador corona;  
donde cándida miel llevan las cañas,  
y animado carmín la tuna cría,  
donde tremola el algodón su nieve,  
y el ananás sazona su ambrosía;  
de sus racimos la variada copia  
rinde el palmar, da azucarados globos  
el zapotillo, su manteca ofrece  
la verde palta, da el añil su tinta,  
bajo su dulce carga desfallece  
el banano, el café el aroma acendra  
de sus albos jazmines, y el cacao  
cuaja en urnas de púrpura su almendra  
(*Alocución*, vv. 189-206)

Este «Marón americano» toma la palabra en *La agricultura de la Zona Tórrida*. Es interesante ver cómo cambia la escenificación de la abundancia y riqueza de los frutos tropicales de un poema al otro. Mientras en la *Alocución a la Poesía* el banano ocupa un lugar intermedio en la enumeración de los frutos, en *La agricultura de la Zona Tórrida* pasa a formar el punto final de una serie notablemente más larga en números y epítetos:

[...]  
el banano, primero  
de cuantos concedió bellos presentes  
Providencia a las gentes  
del ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
el premio rinde opimo;  
no es a la podadera, no al arado  
deudor de su racimo;  
escasa industria bástale, cual puede  
hurtar a sus fatigas mano esclava;  
crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
adulta prole en torno le sucede.  
(*La agricultura*, vv. 52-63)

El pasaje es significativo. Acentúa el carácter del «rico suelo» de la «Zona Tórrida» americana como reflejo de la abundancia de la Edad de Oro. En aquella época «[...] sine militis usu / mollia securae peragebant otia gentes»

(vivían los pueblos seguros en un dulce ocio sin uso de armas) como dice Ovidio (*Metamorfosis*, I, vv. 99-100):

ipsa quoque immunis rastroque intacta nec ullis  
saucia vomeribus per se dabat omnia tellus,  
contentique cibis nullo cogente creatis  
arbuteos fetus montanaque fraga legebant  
cornaque et in duris haerentia mora rubetis  
et, quae deciderant patula Iovis arbore, glandes.  
ver erat aeternum, placidique tepentibus auris  
mulcebant zephyri natos sine semine flores;  
mox etiam fruges tellus inarata ferebat,  
nec renovatus ager gravidis canebat aristas;  
flumina iam lactis, iam flumina nectaris ibant,  
flavaque de viridi stillabant ilice mella.  
(Ovidio, *Metamorfosis*, I, vv. 101-112)

[sin cultivo, intocada por el rastro y no herida  
por ningún arado, todo de por sí daba la tierra;  
y contentándose de manjares sin fuerza crecidos  
se cogían manzanas y fresas silvestres en los montes  
cerezas y moras colgantes de las zarzas espinosas  
y las bellotas caídas del poderoso árbol de Júpiter.  
Eterna era la primavera, y con aire suave  
el blando céfiro acariciaba las flores agrestes.  
Pronto también daba la tierra sin labranza el trigo  
y sin barbecho se ponía amarillo el campo de pesadas espigas,  
ora de leche iban los ríos, ora de néctar  
y la flava miel goteaba de la encina verdeante.]

En *La agricultura de la Zona Tórrida* la posición destacada del banano, que incluso llega a hacer más ligera la existencia dura del esclavo, simboliza la supervivencia en los trópicos de rasgos de vida de la mítica Edad de Oro. Lo que en el campo de *Las Geórgicas* de Virgilio es fruto de una ardua labor, se entrega generosamente a los habitantes de la «Zona Tórrida», donde gracias a sus montañas elevadas se presentan en gran armonía todos los climas del orbe terráqueo. Es así como las «Laudes Italiae», que en el segundo canto de *Las Geórgicas* (vv. 136-176) igualmente pintan características de la Edad de Oro, se ven sobrepujadas en Bello por la alabanza de la naturaleza tropical abiertamente edénica.<sup>35</sup>

---

35 También en las *Seasons* de Thomson se evoca un paisaje tropical edénico (*Summer*, vv. 765-783), pronto barrido, sin embargo, por una tempestad, vista como furiosa guerra de elementos.

Pero no solamente las «Laudes zonae torridae» sino también la situación de enunciación de *La agricultura de la Zona Tórrida* remitía a Virgilio. Este se había situado como hablante de *Las Geórgicas* al final de las guerras civiles, estalladas a raíz de la muerte de Julio César. Bello, en *La agricultura de la Zona Tórrida*, hace implorar la llegada del «ángel de la paz, que al crudo ibero / haga olvidar la antigua tiranía» (vv. 319-320). Igual que Virgilio, quien al final del primer canto de *Las Geórgicas* aún evoca los horrores de la guerra («saevit toto Mars impius orbe» [I, v. 511]), Bello enseña los estragos causados por los conflictos bélicos de la Independencia, suplicando a Dios que envíe el ángel de la paz para que ponga fin a las luchas fratricidas en un campo desolado:

¿Cuántas doquier la vista  
no asombran erizadas soledades,  
do cultos campos fueron, do ciudades?  
De muertes, proscripciones,  
suplicios, orfandades,  
¿quién contará la pavorosa suma?  
Saciadas duermen ya de sangre ibera  
las sombras de Atahualpa y Motezuma.  
¡Ah! desde el alto asiento,  
en que escabel te son alados coros  
que velan en pasmado acatamiento  
la faz ante la lumbre de tu frente,  
(si merece por dicha una mirada  
tuya la sin ventura humana gente),  
el ángel nos envía,  
el ángel de la paz, que al crudo ibero  
haga olvidar la antigua tiranía,  
y acatar reverente el que a los hombres  
sagrado diste, imprescriptible fuero;  
que alargar le haga al injuriado hermano,  
(jensangrentóla asaz!) la diestra inerte;  
y si la innata mansedumbre duerme,  
la despierte en el pecho americano.  
(*La agricultura*, vv. 304-326)<sup>36</sup>

Para «el Marón americano» urge cerrar «las hondas / heridas de la guerra» (*La agricultura*, vv. 205-206). Es así como la imagen de la tierra prim-

---

36 Falta en estos versos de *La agricultura de la Zona Tórrida* la alusión virgiliana al joven César Octaviano quien debe socorrer el mundo destruido (*Georgica*, I, v. 500), una alusión que al final de la *Alocución a la Poesía* había constituido en forma de evocación de la persona de Bolívar el punto culminante del poema.

ordial de la «Zona Tórrida» cede el lugar al campo bajo cultivo. El hablante, asumiendo el papel del *poeta vates*, exhorta a sus conciudadanos a dejar la vida indolente de la ciudad para volver a cultivar el campo:

[...] el fértil suelo,  
áspero ahora y bravo,  
al desacostumbrado yugo torne  
del arte humana, y le tribute esclavo.  
Del obstruído estanque y del molino  
recuerden ya las aguas el camino;  
el intrincado bosque el hacha rompa,  
consume el fuego; abrid en luengas calles  
la oscuridad de su infructuosa pompa.  
Abrigo den los valles  
a la sedienta caña;  
la manzana y la pera  
en la fresca montaña  
el cielo olviden de su madre España;  
adorne la ladera  
el cafetal; ampare  
a la tierra teobroma en la ribera  
la sombra maternal de su bucare;  
aquí el vergel, allá la huerta ría [...]  
(*La agricultura*, vv. 204-222)

Se está lejos aquí de la escenificación del paisaje primitivo del continente americano que caracteriza los primeros doscientos versos de la *Alocución a la Poesía* y que había fascinado (no sin dejar de horrorizarlos – es el caso de Thomson) a muchos autores del siglo XVIII y principio del siglo XIX.<sup>37</sup> En *La agricultura de la Zona Tórrida* Bello vuelve al final a la idea virgiliana de una línea ascendente de la historia humana, la cual va culminando en la vida del campo. El ceibo anciano, en el cual puede reconocerse el símbolo de la primordialidad de las tierras del Ecuador, cae bajo los hachazos del hombre. Huye la fiera y el ave deja su nido. Se le pone fuego a la selva postrada y con las llamas «sólo cenizas quedan; monumento / de la dicha mortal, burla del viento» (*La agricultura*, vv. 227-257). Pero la destrucción por el «raudo incendio» sólo es el medio para llegar a un fin sa-

---

37 La fascinación por la América Virgen se manifiesta hasta en la oda *A la expedición española para propagar la vacuna en América*, vv. 1-9, de Quintana.

ludable. El caos del mundo primitivo cede al orden del campo cultivado gracias a la labor del agricultor<sup>38</sup>:

Mas al vulgo bravío  
de las tupidas plantas montaraces,  
sucede ya el fructífero plantío  
en muestra ufana de ordenadas haces.  
Ya ramo a ramo alcanza,  
y a los rollizos tallos hurta el día;  
ya la primera flor desvuelve el seno,  
bello a la vista, alegre a la esperanza;  
a la esperanza, que riendo enjuga  
del fatigado agricultor la frente,  
y allá a lo lejos el opimo fruto,  
y la cosecha apañadora pinta,  
que lleva de los campos el tributo,  
colmado el cesto, y con la falda en cinta,  
y bajo el peso de los largos bienes  
con que al colono acude,  
hace crujir los vastos almacenes.  
(*La agricultura*, vv. 252-268)

Es esta la imagen de la «Zona Tórrida» que Bello plantea para la tarea de la reconstrucción después de los estragos de la Guerra de Independencia. El círculo de las escenificaciones del paisaje americano en las «Silvas americanas» se ha cerrado aunque a estos versos les sigan todavía otros en los que Bello a imitación de Virgilio (*Georgica*, I) pinta los daños que la naturaleza – la intempestiva lluvia, el insecto roedor, el sañudo vendaval, el largo estío – puede causar a los esfuerzos de «la gente agricultora / del ecuator» (*La agricultura*, vv. 269-288). La «Silva I» concluye con una exhortación a las jóvenes naciones de la América antes española que vincula en la tradición de la *mensa tenuis* horaciana el campo con la vida sencilla y la libertad:

[...]  
honrad el campo, honrad la simple vida  
del labrador, y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
la libertad morada,

---

38 También en Virgilio (*Georgica*, II, vv. 303-314) encontramos la imagen del incendio. Pero ahí las llamas son el resultado de la imprudencia de pastores que a menudo encienden el fuego sin el menor cuidado. Si de ello se produce un incendio no vuelven a crecer los árboles, a diferencia de lo que Bello dice de las tierras del trópico, donde a la destrucción le sucede la vida nueva.

y freno la ambición, y la ley templo.  
Las gentes a la senda  
de la inmortalidad, ardua y fragosa,  
se animarán, citando vuestro ejemplo.  
Lo emulará celosa  
vuestra posteridad; y nuevos nombres  
añadiendo la fama  
a los que ahora aclama,  
«hijos son éstos, hijos,  
(pregonará a los hombres)  
de los que vencedores superaron  
de los Andes la cima;  
de los que en Boyacá, los que en la arena  
de Maipo, y en Junín, y en la campaña  
gloriosa de Apurima,  
prostrar supieron al león de España».  
(*La agricultura*, vv. 366-373)

## Bibliografía

### Textos y otras fuentes

- Bello, Andrés (1981a): «Alocución a la Poesía (1823)», en: *Obras completas de Andrés Bello*, t. 1: *Poesías*, prólogo de Fernando Paz Castillo, Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 43-64.
- Bello, Andrés (1981b): «La agricultura de la Zona Tórrida (1826)», en: *Obras completas de Andrés Bello*, t. 1: *Poesías*, prólogo de Fernando Paz Castillo, Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 65-74.
- Bello, Andrés (1981c): «Las Silvas Americanas. Fragmentos inéditos con las variantes de redacción», en: *Obras completas de Andrés Bello*, t. 2: *Borradores de poesía*, prólogo por Pedro P. Barnola, Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 3-131.
- Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes, y Ciencias por Una Sociedad de Americanos, t. 1-2* (1972 [1823, Londres]), edición de la Presidencia de la República en homenaje al VI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua, Caracas.
- Delille, Jacques (1800): *L'Homme des Champs, ou les Géorgiques françoises*, Basilea: Jacques Decker.
- Delille, Jacques (1801 [1782]): *Les Jardins, ou l'Art d'embellir les Paysages, Poème*, nouvelle édition, revue, corrigée et augmentée, Brunswick: Fauché.
- Delille, Jacques (1805): *Variantes de l'Homme des Champs et morceaux ajoutés par l'auteur*, Leipzig: Les principaux libraires.
- Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers* (1967 [1765]), t. 16, Neufchâstel, edición facsímil, Stuttgart-Bad Cannstatt: Friedrich Frommann.

- Humboldt, Alexander von (1970 [1814-1825]): *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803, et 1804 par A. de Humboldt et A. Bonpland*, 3 vols., Paris: G. Dufour et al., Neudruck besorgt, eingeleitet und um ein Register vermehrt von Hanno Beck, Stuttgart: Brockhaus.
- Humboldt, Alexander von (1816): *Vues des Cordillères, et Monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, 2 vols., Paris: Bourgeois-Maze.
- Ovidius Naso, Publius (1991): *Metamorphoses*, edidit William S. Anderson, Stuttgart / Leipzig: Teubner.
- Quintana, Manuel José (1969): *Poesías completas*, edición, introducción y notas de Albert Dérozier. Madrid: Castalia.
- El Repertorio Americano* (1973 [1826-1827, Londres]), prólogo e índices por Pedro Grases, 2 vols., Caracas: Edición de la Presidencia de la República en conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia Literaria de Hispanoamérica.
- Thomson, James (1981): *The Seasons*, edited with Introduction and Commentary by James Sambrook, Oxford: Clarendon Press.
- Vergilius Maro, Publius (1969): *Opera*, recognovit brevisque adnotatione critica instruxit Roger A.B. Mynors, Oxford: Oxford University Press.

#### Estudios

- Araya, Guillermo (1982): «América en la poesía de Andrés Bello», *Diálogos Hispánicos de Amsterdam*. Anuario Spaans Seminarium 3: *Homenaje a Andrés Bello en el bicentenario de su nacimiento (1781-1981)*, Amsterdam: Rodopi, pp. 49-95.
- Ardao, Arturo (1978): *La idea de la Magna Colombia de Miranda a Hostos*, México: UNAM.
- Barck, Karlheinz (1992): «Amerika in Hegels Geschichtsphilosophie», *Weimarer Beiträge* 38, pp. 274-278.
- Barnola, Pedro P. (1981 [1962]): «La poesía de Bello en sus borradores», en: *Obras completas de Andrés Bello*, t. 2: *Borradores de poesía*, Caracas: La Casa de Bello, pp. XIII-CV.
- Cameron, Margaret M. (1927): *L'influence des Saisons de Thomson sur la poésie descriptive en France (1759-1810)*, Paris: Champion.
- Caro, Miguel Antonio (1981): «Las «Silvas americanas» y la poesía científica», en: *Obras completas de Miguel Antonio Caro*, t. 2: *Escritos sobre Don Andrés Bello*, edición, introducción y notas de Carlos Valderrama Andrade, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, pp. 51-85.
- Cussen, Antonio (1992): *Bello and Bolívar: Poetry and Politics in the Spanish American Revolution*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Durand, René L.F. (1955): «Andrés Bello y Jacques Delille», *Cultura universitaria. Revista de la dirección de cultura de la Universidad Central de Venezuela* 48/49, pp. 44-54.
- Fogelquist, Donald F. (1974): «Un parentesco poético: Andrés Bello y James Thomson», en: Debicki, Andrew P. / Pupo-Walker, Enrique (eds.): *Estudios de literatura hispanoamericana en honor a José J. Arrom*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, pp. 87-98.
- Gatz, Bodo (1967): *Weltalter, goldene Zeit und sinnverwandte Vorstellungen*, Hildesheim: Georg Olms.

- Gerbi, Antonello (<sup>2</sup>1993 [1955, Milano]): *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, traducción de Antonio Alatorre, México: Fondo de Cultura Económica.
- Grases, Pedro (1995): «Biblioteca Americana», en: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, 3 vols., edición de José Ramón Medina, Caracas: Biblioteca Ayacucho, t. 1, pp. 602-605.
- Grases, Pedro (1998): «El Repertorio Americano», en: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, 3 vols., edición de José Ramón Medina, Caracas: Biblioteca Ayacucho, t. 3, pp. 4008-4012.
- Guitarte, Guillermo (1965-1966): «Sobre los orígenes de la *Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-1827) de Londres», *Nueva Revista de Filología Hispánica* 18, pp. 87-149.
- Guitton, Édouard (1976): *Jacques Delille (1738-1813) et le poème de la nature en France de 1750 à 1820*, Lille: Université de Lille III.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1893): *Antología de poetas hispanoamericanos*, 4 vols., t. 2: *Cuba – Santo Domingo – Puerto Rico – Venezuela*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Montaldo, Graciela (1994): «El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento», *Hispanamérica* 23, 68, pp. 3-20.
- Rodríguez Monegal, Emir (1963-1964): «Reseña de Andrés Bello, *Obras completas*, II: *Borradores de poesía*, Caracas 1962», *Nueva Revista de Filología Hispánica* 17, pp. 399-406.
- Rodríguez Monegal, Emir (1969): *El otro Andrés Bello*, Caracas: Monte Ávila.
- Spiecker, Burkhard (1975): *James Thomsons «Seasons» und das römische Lehrgedicht. Vergleichende Interpretationen*, Nürnberg: Carl.